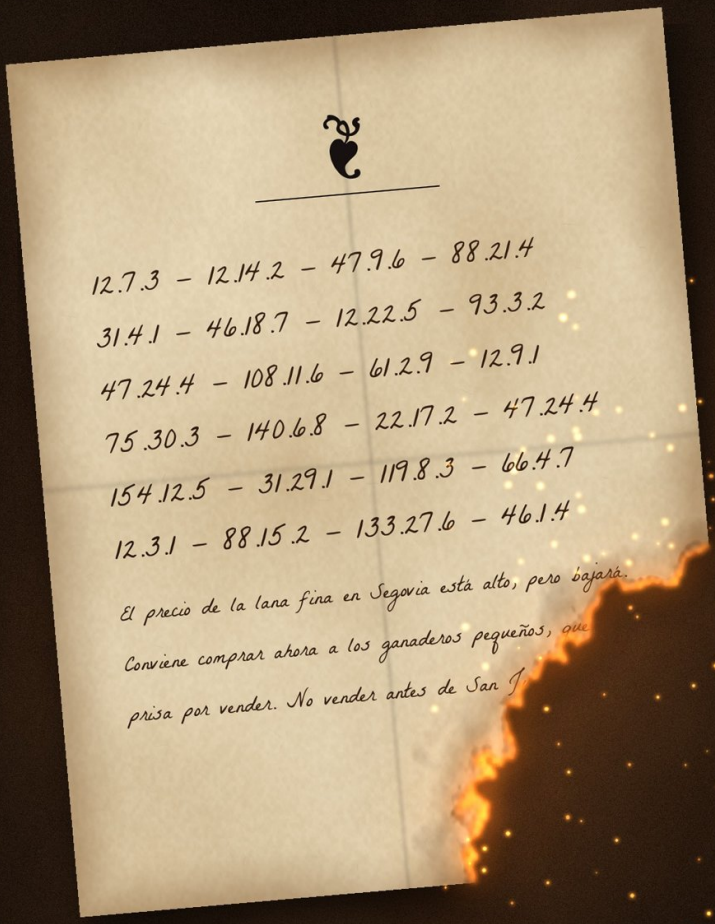
LA TINTA
DE LOS AUSENTES

Quemaron el original. No pudieron quemar las copias.



Novela

JULIAN DELPHIKI

Thinking School

LA TINTA DE LOS AUSENTES

JULIAN DELPHIKI

La tinta
de los ausentes

Novela

Thinking School

La tinta de los ausentes
© Julian Delphiki, 2026
Primera edición: noviembre de 2026
Publicado por Thinking School
ISBN: 9798142714879

Esta es una obra de ficción. Los personajes, la conspiración y los documentos que se narran son invención del autor. Los acontecimientos históricos que sirven de marco se describen en la nota histórica final.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Compuesto en EB Garamond.

A los historiadores,
que abren las tapas de los libros viejos
y devuelven los nombres a quienes los perdieron.

... la historia, madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

MIGUEL DE CERVANTES
Don Quijote de la Mancha, *I*, *9*

ÍNDICE

ACTO I *1808*

1 La carta que no ardió 3
2 Las campanas de mayo 13
3 El gabán gris 23
4 Camino de Alcalá 33
5 La imprenta clandestina 43

ACTO II *1809-1812*

6 El precio del papel 57
7 Sombras en Zaragoza 70
8 El capitán sin bandera 82
9 La cifra de Valençay 93
10 El invierno de los nombres 103
11 Cádiz 115
12 La voz de la Pepa 126

ACTO III *1814-1817*

13 El regreso del Deseado 139
14 Los condenados 152
15 El libro prohibido 165
16 La deuda 176
17 Una España en silencio 189

ACTO IV *1820-1834*

18 Los ausentes 205
19 Lo que queda de la tinta 222
Epílogo 235
Nota histórica 242
Nota del autor 244

ACTO PRIMERO

1808

❦

UNO

La carta que no ardió

Madrid, abril de 1808

El fardo pesaba lo que pesa el papel viejo cuando ha cogido humedad: más de lo que parece y menos de lo que uno teme. Ruperto Sanz lo dejó caer sobre el banco de las ramas, entre una forma desmontada y el bote del aceite de linaza, y se sacudió las manos como si hubiera tocado a un muerto.

—Al fuego —dijo—. Todo. Antes de que se haga de noche.

Tomás Valcárcel tenía el componedor en la mano izquierda y una línea a medio justificar. Terminó de meter el espacio que faltaba, apretó con el pulgar, comprobó que la línea no bailaba y solo entonces levantó la vista.

—¿Qué es?

—Papel de un contador difunto. La viuda lo vendió a peso para envolver y ahora quiere que no lo envuelva nadie. —Sanz se secó la frente con el puño de la camisa. Tenía cincuenta años, la papada de un canónigo y unas manos blandas que hacía mucho que no tocaban un tipo—. Échalo en la caldera de la lejía. Y quédate hasta que sea ceniza, que en este barrio el viento devuelve las cosas.

—Tengo que terminar el cuarto pliego de la novena.

—La novena puede esperar. Los muertos no tienen prisa y los vivos sí.

Lo dijo sin gracia, como decía todo, y volvió a la trastienda, donde lo esperaba un caballero con quien llevaba media tarde hablando en voz baja. Tomás no le vio la cara. Vio unas botas limpias en un día de barro y oyó una tos seca.

Dejó el componedor en la caja, con la línea dentro, y se limpió los dedos en el

mandil. Era una costumbre inútil. La tinta de imprenta no se va con un trapo: se queda en las lúnulas, en las grietas de la piel, en la uña del pulgar izquierdo, que llevaba partida desde los catorce años por un golpe de componedor. Su madre decía que tenía manos de herrero y oficio de escribano. Su padre no decía nada de sus manos. Las miraba, simplemente, cuando las cosas salían mal.

El patio de la imprenta daba a una corrala de la calle de la Paz. Allí estaba la caldera donde se hervía la lejía para lavar las formas, un artefacto de cobre ennegrecido que olía siempre a sosa y a sebo quemado. Quico, el aprendiz, un chico de once años con orejas de soplillo y la boca siempre abierta, lo siguió con un haz de leña sin que nadie se lo pidiera.

—¿Qué hay dentro?

—Cuentas de otro.

—¿Y por qué se queman?

—Porque se acabaron.

Quico pareció satisfecho con la respuesta. Tomás no.

Encendió el fuego con virutas de la caja de los listones y desató el fardo. El cordel era de cáñamo bueno, de los que se usan en las aduanas, y los nudos estaban hechos por alguien que sabía hacerlos. Dentro había lo que había dicho Sanz: cuentas. Libramientos, recibos, cartas de comerciantes de Burgos y de Bilbao, un cuadernillo de tapas de pergamino con columnas de cifras, cartas de pago de la Real Hacienda con el sello en seco medio borrado. Papel de calidades distintas: el grueso y azulado de los molinos catalanes, el amarillento de Alcoy, uno muy fino que solo podía venir de Holanda o de Génova y que nadie que llevara cuentas pequeñas habría comprado jamás.

Tomás fue echando las hojas de puñado en puñado. Las vio retorcerse, abrir sus columnas en el fuego, ennegrecer con los números aún legibles un instante antes de deshacerse. No le gustaba quemar papel. No era un escrúpulo devoto, como el de las beatas que recogen del suelo cualquier hoja impresa por si lleva el nombre de Dios; era un escrúpulo de oficio. Un pliego cuesta. Alguien lo ha cortado, alguien lo ha secado en el tendedero del molino, alguien lo ha mojado para imprimir. Quemarlo es como tirar pan.

A la mitad del fardo, entre dos recibos de lana de Segovia, había un pliego doblado en cuarto que no se parecía a los demás.

Lo notó antes de verlo: el tacto. Era un papel de trapo fino, con verjura apretada, de los que se usan para cartas que han de viajar lejos. Lo desdobló sin pensar, como se desdobla todo lo que se va a quemar, por la última curiosidad que

concede el fuego. En la cabecera, impreso y no dibujado, había un florón.

Tomás se quedó quieto.

Era una flor de cinco pétalos, abierta en abanico, con el tallo partido en dos trazos que no llegaban a juntarse, como si el grabador hubiera dejado la línea sin acabar a propósito. En las imprentas de Madrid había cien florones distintos, pero aquel no lo vendía ninguna fundición. Tomás lo había visto nacer. Había visto a su padre tallar el punzón en acero dulce, a la luz de la ventana, una tarde entera de invierno, con una lupa de relojero sujeta al ojo, y lo había visto maldecir cuando la cuchilla resbaló y partió el tallo. *Se queda así*, había dicho Anselmo Valcárcel. *Lo roto también se paga.* Después había fundido doce ejemplares, ni uno más, y los había guardado en una cajita aparte que no se usaba para trabajos de la casa.

Tomás tenía entonces quince años. Ahora tenía veinte, su padre llevaba dos años y medio muerto y la cajita había desaparecido con el resto de la imprenta en la subasta de los acreedores.

Debajo del florón no había texto impreso. Había, escritas a mano con tinta ferrogálica que ya viraba al pardo, varias líneas de números agrupados de tres en tres, separados por puntos: *12.7.3 — 12.14.2 — 47.9.6 — 88.21.4* — y así hasta llenar media cara. Al pie, en letra limpia de escribiente, un párrafo en claro sobre el precio de la lana fina en Segovia, el estado de los esquileos y la conveniencia de no vender antes de San Juan. Ninguna firma. Ninguna fecha. Ningún destinatario.

—¿Eso también? —preguntó Quico.

Tomás dobló el pliego en cuatro, se lo metió entre la camisa y el chaleco, contra la piel, y echó al fuego el recibo de lana que venía detrás.

—Eso también —dijo.

Quico miró la caldera, donde ardían recibos, y miró a Tomás, que no le devolvió la mirada. Después siguió echando leña. El papel tarda poco en arder y mucho en dejar de humear; cuando terminaron, el patio olía a otra cosa, una mezcla de cola, de lacre y de polvo de oficina que se pegaba a la garganta. Tomás removió las cenizas con un hierro hasta que no quedó ni un fleco blanco. No sabía todavía por qué lo hacía con tanto cuidado. Lo supo después: para que nadie pudiera contar.

❦

Vivía en un cuarto alquilado en la calle de la Cruz, encima de un guarnicionero, con una ventana que daba a un tejado y una cama que crujía al menor movimiento. Tenía cuatro libros, dos camisas, una navaja de afeitar que había sido de su padre y una vela de sebo que le duraba tres noches si no leía. Esa noche la gastó entera.

Extendió el pliego sobre la mesa, sujeto por las esquinas con dos tipos de madera del cuerpo grande, y contó. Cuarenta y una ternas. El primer número nunca pasaba de ciento sesenta; el segundo, nunca de treinta y uno; el tercero, nunca de nueve. Página, línea, palabra. Un libro.

Treinta y una líneas por página, unas ciento sesenta páginas: un octavo de letra pequeña y márgenes estrechos, un libro de bolsillo de comerciante. Tomás conocía uno con esas medidas exactas, porque lo había compuesto él.

Sacó del arcón, de debajo de las camisas, un tomito en pasta española con las esquinas romas. *Prontuario de cambios, pesos y medidas para uso del comercio.* Madrid, imprenta de Ruperto Sanz, 1806. Segunda impresión, corregida. Era lo único que le quedaba de su padre, y se lo había dado Sanz el día que entró de oficial, con diecisiete años y los ojos todavía hinchados: *Lo que queda de tu padre. Lo he reimpreso yo, y mejor.*

Página doce, línea siete, palabra tercera: *de.* Página doce, línea catorce: *los.* Página cuarenta y siete: *libras.* A la media hora tenía una letanía de comerciante borracho, *de los libras para vellón en que Génova del fanega*, y los ojos apretados con los dedos manchados.

No era el libro. O era el libro y no era la edición.

La primera, la de 1804, la había compuesto Anselmo Valcárcel en *lectura chica*, treinta y una líneas apretadas por plana, y Tomás había compuesto con él casi la mitad, de pie junto a la caja desde las seis de la mañana. Trescientos ejemplares que no se vendieron nunca: una mañana de octubre un carro se los llevó todos, y a los quince años esas cosas no se preguntan.

Pero Tomás no pensaba en palabras: pensaba en páginas. Era una manía que no había confesado a nadie. Si miraba una plana con miedo o con rabia, la plana se le quedaba dentro, entera, con sus blancos y sus viudas, y podía volver a ella años después como se vuelve a una habitación conocida. La página doce de 1804 la había compuesto tres veces, y las dos primeras su padre se la había deshecho de un manotazo. *Medidas de áridos de los reinos de Castilla, Aragón y Valencia.* La tabla en dos columnas. Un asterisco mal alineado que nadie corrigió.

Línea siete, palabra tercera. *El cahíz de Zaragoza, que se divide en ocho fanegas...*

Zaragoza.

El corazón le golpeó en la garganta. Línea catorce, contando el titulillo y no el filete: *trigo.* Las cinco ternas siguientes, marcadas con un puntito bajo el tercer número que había tomado por una mancha de pluma, remitían a la primera palabra de cinco líneas distintas, y no importaban las palabras sino sus iniciales: un nombre propio no está en un libro de medidas; hay que deletrearlo. M, U, R, G, A.

Murga. Zaragoza. Trigo.

Para todo lo demás le faltaba el libro. Su memoria tenía la página doce, retazos de la treinta y uno y una línea de la cuarenta y siete que no quería mirar. Las otras ciento cincuenta páginas se las había llevado aquel carro de octubre.

La vela chisporroteó. Tomás se dio cuenta de que tenía frío y de que llevaba horas sin moverse.

No quiso pensar en la página cuarenta y siete, pero la página cuarenta y siete vino sola, como vienen las cosas que uno ha apartado durante años. La tabla de reducción de las libras tornesas, la última plana del cuarto pliego. Una tarde de septiembre de 1804, con el pliego ya en la prensa y la tirada empezada, su padre había parado a los tiradores, había mandado sacar la forma y había cambiado una línea entera de la tabla, una cifra por otra, con sus propias manos. Después había llamado a Tomás.

¿Quién compuso esto?
Yo, padre.
Pues mira lo que has hecho.

Tomás no había hecho nada. La línea que había compuesto era la correcta, la había comprobado tres veces contra el original. Lo dijo. Lo dijo dos veces, y la segunda vez su padre se quitó el cinto. Delante de los tiradores, delante del batidor, delante de la mujer del vecino que había venido a pedir un recado. Doce correazos, contados en voz alta. Después Anselmo Valcárcel volvió a la prensa como si no hubiera pasado nada y Tomás pasó la noche sentado en el patio, con la espalda en carne viva, repasando la línea en la cabeza, buscando el error que no existía.

A la mañana siguiente su padre no le habló. Ni a la otra. Una semana después le dio una moneda de plata sin decir para qué. Tomás no la gastó. La tiró al Manzanares desde el puente de Segovia, con quince años y toda la dignidad de que era capaz, y se arrepintió en cuanto oyó el chapoteo.

Apagó la vela con los dedos.

En la oscuridad, la flor partida seguía allí, debajo de los tipos de madera. Su padre la había tallado. Su padre había impreso el libro que servía de llave. El carro de octubre se había llevado los trescientos ejemplares a alguna parte. Y alguien, años después, seguía usando ese libro para decir cosas que no podían decirse en claro y seguía escribiendo en un papel que llevaba la marca de su padre en la cabecera.

Tomás se tumbó vestido en la cama que crujía. No durmió. A las cuatro y media, cuando empezaron a pasar los primeros aguadores con sus cubas hacia las fuentes, sabía ya lo que iba a hacer, y no le gustaba.

❦

La librería de Matías Robledo estaba en la calle de las Carretas, a cincuenta pasos de la Imprenta Real y a doscientos de la Puerta del Sol, en una planta baja estrecha y honda como un pozo, con estanterías hasta el techo y una escalera de mano que nadie usaba sin rezar. Olía a cola de encuadernar, a cuero viejo y a la estufa de carbón que Robledo encendía hasta mayo porque decía que el papel se muere de frío antes que los hombres.

Tomás entró a las ocho, antes de abrir la imprenta, con la excusa de unas pruebas que Sanz le había mandado llevar a un cliente de la calle del Príncipe. La excusa no le hizo falta. Detrás del mostrador no estaba el librero, sino una muchacha de su edad o poco menos, sentada en un taburete alto, con una pluma en la mano y un aguador asturiano delante, sombrero en mano, dictando.

—... y que la vaca se la vendan a los de Pola, que pagan mejor, y que no le den nada al cura hasta que yo vuelva...

—Despacio —dijo la muchacha sin levantar la vista—. Que yo escribo lo que usted dice, pero su madre va a leer lo que yo escriba, y no quiero que se equivoque de vaca.

El aguador se rio con la boca desdentada. Tomás esperó junto a la puerta. Conocía de vista a Inés Robledo, como se conoce a la gente de las tiendas del barrio: una figura rápida que cruzaba la calle con paquetes, una voz que discutía

con los mozos de la Imprenta Real a la hora del almuerzo. Nunca había hablado con ella. La miró mientras escribía. Tenía la pluma cogida muy abajo, casi en el corte, como los niños de la escuela, y escribía deprisa y bien, con una letra redonda sin floreos. Llevaba una mancha de tinta en el dedo corazón que parecía antigua, como la suya.

Cuando terminó, leyó la carta en voz alta, de corrido, poniendo en la boca las palabras del aguador mejor de lo que el aguador las había dicho. El hombre pagó cuatro cuartos, besó la carta, dobló el papel con un cuidado que daba vergüenza y salió. Inés limpió la pluma en un trapo y por primera vez miró a Tomás.

—Mi padre está en la trastienda, peleándose con un Plutarco. Si es por las pruebas de la Imprenta Real, no están.

—No es por las pruebas.

—Entonces es usted el Valcárcel de Sanz. Tiene la cara de alguien que viene a preguntar algo que no quiere preguntar.

Tomás no supo qué contestar a eso. Inés lo observó un momento más, con unos ojos castaños que no se apartaban cuando debían, y después gritó hacia el fondo sin levantarse del taburete:

—¡Padre! El hijo de Anselmo Valcárcel.

Matías Robledo salió de la trastienda con un libro abierto contra el pecho y las gafas en la frente. Era un hombre menudo, cargado de espaldas, con el pelo blanco revuelto como si acabara de salir de una pelea, y unos ojos que se iluminaban con los libros y se apagaban con las personas. Con Tomás hizo una excepción. Le tendió la mano libre.

—Te pareces a él cuando no te quiere nadie —dijo—. Es un cumplido, aunque no lo parezca. ¿Qué buscas?

—Un libro de mi padre.

—Tu padre imprimió muchos.

—El *Prontuario de cambios*. La primera impresión. La de 1804.

Matías dejó el Plutarco sobre el mostrador con cuidado, como quien deja a un enfermo.

—Esa no existe.

—Existe. La compuse yo.

—Existe para ti, que la compusiste, y para quien la compró. Para un librero no ha existido nunca. —El viejo se quitó las gafas de la frente y las limpió con el faldón de la camisa—. Tu padre me lo contó, una de las pocas veces que me contó algo. Un caballero le encargó la edición entera, pagó por adelantado, pagó

bien y se la llevó. Yo le dije que estaba loco, que un libro así lo pide todo comerciante de Cádiz a Bilbao y que con trescientos ejemplares en la tienda me hacía yo el invierno. Me dijo que el caballero no quería que se vendiera, que lo quería para regalar entre sus amigos. *Pues tendrá muchos amigos*, le dije yo. Y él me contestó: *Los justos.*

—¿Quién era el caballero?

—No me lo dijo. Y yo no se lo pregunté, porque tu padre, cuando no quería hablar, se ponía a hablar del tiempo. —Matías se colocó las gafas en la nariz y miró a Tomás por encima de ellas—. ¿Para qué quieres tú esa edición, si la segunda es mejor?

Tomás había preparado una mentira en el camino, algo sobre un cliente que coleccionaba ediciones de casa, y en ese momento le pareció tan pobre que no la usó.

—Por saber.

—Saber cuesta caro en esta ciudad. Sobre todo este mes.

Lo dijo sin bajar la voz, pero sus ojos fueron un instante a la puerta, a la calle de las Carretas, donde pasaban dos dragones franceses con las crines de los cascos mojadas de rocío, al paso, mirando las tiendas con la curiosidad aburrida de los soldados que llevan un mes en una ciudad que no es suya. Madrid estaba llena de ellos desde marzo. Habían entrado con Murat bajo una lluvia de flores y de vivas al rey Fernando, y ahora el rey Fernando estaba en Bayona, nadie sabía muy bien para qué, y los vivas se habían convertido en un silencio que se rompía a pedradas de noche y se recomponía de día.

Inés seguía en el taburete. Tomás no la había oído moverse, pero cuando volvió la cabeza la encontró inclinada sobre el mostrador, mirando la tira de papel que él había dejado allí sin darse cuenta al sacar las monedas del bolsillo. Tres ternas, copiadas a lápiz la noche anterior para probarlas en la tienda, por si hubiera habido suerte.

—Página, línea, palabra —dijo ella—. ¿Qué libro es tan importante que alguien escribe con él?

Tomás recogió la tira. Lo hizo demasiado deprisa, y lo supo al hacerlo.

—Es un juego.

—Los juegos no se esconden. —Inés no sonreía—. En la tienda vienen dos clases de hombres a preguntar por un libro que no existe: los que quieren alardear y los que tienen miedo. Usted no está alardeando.

—Inés —dijo su padre, sin severidad.

—Solo digo lo que veo.

—Dices más de lo que ves, que es otra cosa.

Ella se encogió de hombros y volvió a su pluma, pero Tomás notó que no escribía. Matías lo acompañó hasta la puerta. En el umbral le puso una mano en el brazo; tenía los dedos fríos, a pesar de la estufa.

—Tu padre vino a verme una semana antes de morir —dijo en voz baja—. Quería venderme libros. Libros buenos, de su biblioteca, a cualquier precio. Le pregunté si necesitaba dinero y me dijo que necesitaba irse. Le compré tres. Al domingo siguiente se cayó por la escalera. —Matías miró la calle—. No te digo nada con esto. Te digo que yo me acuerdo.

Tomás asintió. No le salió la voz.

Salió a la calle de las Carretas cuando la Imprenta Real abría sus portones y los mozos sacaban las balas de papel a la acera para airearlas. En la esquina de la Puerta del Sol, un ciego cantaba las noticias de la *Gazeta* a cambio de un cuarto: el gran duque de Berg había pasado revista a la tropa en el Prado; Su Majestad seguía con buena salud en Bayona; se recordaba al vecindario la obligación de entregar las armas blancas de más de cuatro dedos. Nadie le echaba monedas. Un mozo de cuerda escupió al pasar junto a los centinelas de la casa de Correos, sin mirarlos, y los centinelas no se dieron por enterados.

Tomás llevaba la carta contra la piel. Le parecía que abultaba. Le parecía que cualquiera podía verla a través del chaleco, de la camisa, del pecho.

❦

Cuando llegó a la calle de la Paz, la imprenta estaba abierta y Sanz no estaba en la trastienda, sino en el patio, de pie junto a la caldera de la lejía, con el hierro de remover en la mano. Quico lo miraba desde la puerta de la cocina con la boca más abierta que de costumbre.

Sanz había sacado las cenizas. Las había extendido sobre una losa con el hierro, en capa fina, como se extiende la sal para secarla, y las miraba con una atención que Tomás no le había visto nunca ante una prueba de imprenta. Tenía las mejillas encendidas y las botas grises de polvo.

—Buenos días —dijo Tomás.

Sanz no contestó enseguida. Removió las cenizas una última vez, con cuidado, buscando algo que el fuego hubiera respetado: una esquina, un margen, una palabra. No encontró nada. Tomás había hecho bien su trabajo.

—¿Lo quemaste todo?

—Todo.

—¿Tú solo?

—Con Quico.

Sanz se volvió hacia el aprendiz, y Quico, que no sabía mentir porque nunca había necesitado hacerlo, se puso colorado hasta las orejas de soplillo.

—Todo, señor Ruperto. Todo al fuego. Bueno... —el chico miró a Tomás, miró al suelo, buscó en el suelo una salida que no había—. Casi todo.

Sanz dejó el hierro apoyado contra la caldera. Se limpió las manos blandas en el pañuelo, dedo por dedo, sin prisa. Cuando habló, no lo hizo con la voz de amo que usaba para reñir por una errata, sino con otra más baja, más cansada, que daba más miedo.

—Tomás, hijo. Te lo voy a preguntar una vez, porque te aprecio y porque a tu padre le debía cosas. Entre esos papeles había un pliego con un florón en la cabecera. Un florón que tú conoces mejor que yo. ¿Dónde está?

DOS

Las campanas de mayo

Madrid, 1-3 de mayo de 1808

—Ardió —dijo Tomás.

Lo dijo mirando a Sanz a los ojos, que era como su padre le había enseñado a decir las mentiras, aunque nunca se lo había enseñado con esas palabras. *Si vas a decir algo que no es, dilo de frente y despacio. El que miente deprisa se pisa la lengua.*

—Quico ha dicho casi todo.

—Guardé dos hojas en blanco. Papel de Holanda, sin escribir. Pensé que servirían para las pruebas de la novena, que el papel de la casa chupa la tinta. —Se metió la mano en el bolsillo del mandil y sacó lo que había sacado del fardo, por si acaso, en el último momento, con una prudencia que no sabía que tenía: dos medios pliegos limpios, de verjura fina, sin una mancha—. Esto es todo lo que no ardió.

Sanz los cogió. Los miró al trasluz, contra el cielo blanco del patio. Buscaba algo, y Tomás supo qué: la filigrana. Aquellas hojas tenían una, un escudo con tres medias lunas y unas iniciales que no se leían bien. Sanz asintió, como si eso confirmara algo, y se guardó las hojas en el pecho.

—El florón —dijo.

—No vi ningún florón.

—Tu padre tenía doce. Los fundió él. Yo los busqué en la subasta y no estaban.